MADAMA MALIBRAN.

Cuando hace pocos dias (véase el núm. 23) consagrámos en nuestro Semanario un artículo necrológico á la memoria de nuestro compatricio el célebre compositor Gomis, lamentándonos al mismo tiempo de las importantes pérdidas sufridas recientemente por el arte filarmónico, estábamos muy lejos de sospechar que tan pronto habíamos de tener que tributar tan triste obsequio á otra notabilidad aun mas célebre, tambien de sangre española, y cuyo admirable talento solo la España no ha tenido ocasion de admirar.

María Felicia García, hija del célebre tenor español Manuel García, y de Joaquina Briones, nació en París en 1808. Su padre, compositor distinguido, grande actor, escelente cantor, y sobre todo sobresaliente maestro de canto, quiso educar por sí mismo á su hija en la parte musical. Semejante á Rossini á quien su padre hubo de poner en aprendizaje en casa de un herrero, para obligarle á preferir la música á cualquiera otra ocupacion, la jóven Mariquita no manifestaba ninguna disposicion para aquel arte, en que debia brillar con una reputacion sin igual. ¡Cosa estraña! la naturaleza no la habia dotado muy largamente en esta parte. Verdad es que poseía el sentido musical, ó lo que se llama un *oido fino*, imposible de adquirir con el trabajo, pero en cambio tenia un órgano muy defectuoso, una voz tosca, sorda y áspera.

Muchos padres, muchos maestros hubieran declarado que nunca llegaría á cantar medianamente. García no desistió; pero la pobre niña pagaba bien caras las preciosas lecciones que recibia en la casa paterna. Sus primeros años de estudios los pasó bien tristemente, y mas de una vez terminaba el llanto sus lecciones, porque mas de una vez recibia la aplicacion de aquel antiguo proverbio de nuestras escuelas "*la letra con sangre entra.*»

Apenas salió de la infancia, la lanzó su padre en el teatro. Londres fue quien la vió por primera vez ejecutar papeles fáciles sin brillo y sin consecuencia, porque su talento acababa de nacer, y Londres que tan magníficamente recompensa las reputaciones formadas, no es el pais en que el talento se adivina fácilmente. Poco despues María siguió á su padre á Nueva-York, donde, á la edad de 17 años, la obediencia la hizo desposarse con un comerciante de bastante edad, pero que pasaba por opulento, el que arrancándola de su familia, debia tambien sacarla del teatro. Dichosamente para las artes y aun para ella misma no sucedió así. Vários reveses de fortuna hicieron que *Mr. Malibran* declarase á su esposa que su papel de gran Señora habia concluido, y era preciso volver de nuevo al de artista. Entonces, bajo aquel nuevo apellido que tan célebre debia hacer, volvió á aparecer María Malibran en la escena de Nueva-York, al lado de su padre. Un trabajo continuado, el sentido de su fuerza y la necesidad de la gloria, aumentaban diariamente su talento. Conoció que podia brillar en mas vasto escenario ante un público mas amante de su arte, y se presentó en París.

Rossini que en su infancia la habia oido balbuciar los primeros tonos en el piano de García, reconoció desde luego el alcance de su talento, y la predijo el porvenir que la esperaba. Despues de haberse ensayado ante un selecto auditorio, madama Malibran se presentó en el escenario de París, temido de los artistas mas consumados. Esto sucedia si no nos equibocamos en 1827; tenia á la sazon 19 años. Su primera salida la hizo en el gran salon de la ópera en ocasion que se representaba *la Semiramis* á beneficio de Galli. Escusado nos parece recordar el efecto de esta salida. La jóven cantatriz aplaudida con entusiasmo desde el momento en que con paso noble y gracioso atravesó el teatro, desde que hizo resonar su poderosa voz, se elevó á regiones desconocidas y por unanimidad de los inteligentes, quedó colocada entre los talentos de primer órden. Inmediatamente fue contratada como *prima donna* en el teatro italiano. Desde entonces su vida artística no es sino una série de triunfos no interrumpidos, de victorias que cada dia iban en aumento. Sostenida y dirijida por los aplausos de un público ilustrado, apasionada por su arte tanto como por la gloria que adquiria, alcanzó á sus mas ilustres rivales, y hallando en su alma enérgica nuevos recursos y nuevos secretos, las adelantó, las derribó á todas dejándolas muy atrasadas, con admiracion de los inteligentes. Madama Malibran es sin duda alguna la primera celebridad teatral que ha conocido el mundo. Recorriendo como en triunfo la Francia, la Italia, la Inglaterra, las Américas y parte de la Alemania, ha sido en todas partes obgeto de honores inauditos; tomos en fólio pudieran llenarse de versos en su alabanza, un arenal de la América pudiera convertirse en florido verjel con las coronas colocadas sobre su frente; pueblos entusiasmados han desuncido sus caballos y conducídola á brazo, ejércitos formados en batalla la han presentado las armas, y finalmente sobre el trono del arte ha recibido los honores reservados á la régia dignidad.

En su carrera tan corta como brillante, no tuvo menos parte la adversidad que la gloria. Difícil es esplicar lo que ha padecido en tantos viajes, tantos estudios, tantas representaciones. Se la ha visto en París desempeñar subcesivamente todo el repertorio del teatro italiano: se la ha visto tomar indistintamente el papel de *Semiramis* ó el de *Arsaces*; el de *Zerlina* ó el de *Anna*; ser viva y traviesa en *Rossina*; inocente y sencilla en la *Cenerentola*; noble y orgullosa en *Tancredi*, patética en *la Gazza ladra*, sublime en *Desdemona*, tan trágica como Talma, tan bufa como Lablache.

Habiendo hecho disolver hace ocho meses su primer matrimonio contraido con graves nulidades, fue á París á enlazarse en presencia de sus amigos, y de su familia, con el hombre de su eleccion, (Mr. *Beriot*, célebre violinista) el hombre digno de ella, y el único tambien de entre sus adoradores que podia envanecerse de un amor correspondido. La noche en que se celebró la ceremonia, cuando ella se consideraba feliz en llevar un nuevo nombre, se reunieron en su casa las mas altas reputaciones musicales y políticas: Rossini, Meyerbeer, Auber, Mercadante, Halevy, Nourrit etc.. solo faltaba entre los unos aquel jóven Bellini, arrebatado, como ella acaba de serlo en la flor de su edad; y entre los otros Lafayette que la habia amado como padre, y que con una gracia inesplicable la decia: "María, vos sereis sin duda mi última pasion.» La tertulia se convirtió en un pequeño concierto que empezó como por casualidad, y concluyó á las dos de la mañana. Solo habia tres ejecutantes; pero ¿pudieran hallarse otros iguales? eran, pues, ella, Beriot y Thalberg.

Madama Malibran dotada de una concepcion rápida, y de una admirable fuerza de voluntad, obtenia el mas feliz resultado en todo cuanto emprendia. Hablaba cuatro idiomas con igual perfeccion, y todos cuatro los empleaba en conversaciones cruzadas con diferentes interlocutores sin llegar á confundirlos. El español, idioma maternal; el francés, idioma de su educacion; el italiano, idioma de su arte; y el inglés, idioma de sus viages. Tambien sabia, aunque poco, el aleman. Con una destreza y una habilidad poco comunes ejecutaba cuantas labores propias de su sexo se la presentaban. Apenas veia en otra una obra desconocida para ella, enviaba á buscar los obgetos necesarios, la emprendia, y con la mayor facilidad escedia á sus modelos. Sin haber aprendido á dibujar ejecutaba retratos bastante semejantes, y sobre todo caricaturas llenas de poesía y de malicia. Nadaba, manejaba las armas, hacia juegos de fuerza y de destreza, y montaba á caballo con una gracia, un aplomo y un valor poco comunes.

Madama Malibran como todas las celebridades, como todas las personas sobre quienes se fija la pública curiosidad, fue el blanco de la ociosidad y de la maledicencia. Sobre su personal, sus costumbres, su carácter, se han inventado mil fábulas ridículas, aunque desmentidas, y de las que los mismos que las esparcieron se hubiesen avergonzado, si hubieran tenido la fortuna de tratarla de cerca y de conocerla. La vida de una mujer como Madama Malibran estaba muy espuesta á todas las miradas para ocultar la mas mínima falta, el mas pequeño descuido ó ligereza. Pero si fuese necesario compendiar y publicar los rasgos de beneficencia que han honrado su vida, se pudiera formar una obra tan dilatada como la coleccion de las alabanzas tributadas á su talento. Prodigar el dinero era muy poco para quien ganaba mucho, pero ella sabia unir á sus donativos la gracia y la oportunidad que dulcifican la pena de necesitarlos, y que doblan su precio. Permítasenos recordar entre otras mil una anécdota que se ofrece á nuestra memoria.

En 1829 una jóven inglesa corista en el teatro de París, no teniendo medios para seguir la compañía á Londres, quiso dar un concierto en casa de una persona benévola que la franqueó su salon. Siempre dispuesta á ser útil Madama Malibran consintió en cantar en ella, y su nombre bastó para reunir una numerosa sociedad. Aquella noche contra su costumbre vino tarde y se hizo esperar. Concluido el concierto llamó aparte á la beneficiada. «Os habia prometido la noche, la dijo, y he buscado el medio

de aprovecharla con doble ganancia. Antes de venir aqui he cantado en casa del duque de Orleans. Ved ahi los cien escudos que me ha dado » y puso en manos de la jóven extranjera un bonito bolsillo lleno de monedas de oro. Cada uno de sus amigos pudieran contar una multitud de rasgos semejantes, sin otros muchos, cuyo secreto la ha acompañado hasta el sepulcro.

Esta mujer admirable, ha muerto en Manchester el 23 de setiembre último á los 28 años de edad, víctima de una fiebre nerviosa mal combatida por la medicina. Ha dejado su madre, su marido, un hijo de tres años, un hermano digno subcesor de su padre en la enseñanza del canto, una hermana apenas adolescente que promete llegar algun dia al rango de eminente profesora, y ha dejado en fin una plaza para siempre vacía en la estimacion de sus admiradores, y en el corazon de sus amigos.

UN PALACIO DE HIELO.

El invierno del año de 1740 se hizo memorable por un frio sumamente riguroso que se sintió en toda Europa. Pocas esperiencias curiosas se habian ejecutado hasta entonces sobre el hielo. La mas notable y aun maravillosa, fue la que se hizo en S. Petersburgo en el mismo año. Alejo Danielowitsch Tatischtschew concibió el proyecto de levantar un palacio todo de hielo y comunicó su plan á la emperatriz Ana, que no contenta con concederle su permiso quiso costear todos los gastos. A fines de 1739 fue cuando dió principio á aquel admirable trabajo. Comenzóse á edificar sobre el mismo Newa inmediato al nuevo palacio de invierno del Czar. El sitio ofrecia grandes ventajas, pues era construir al pie de la cantera. En ocasiones anteriores se habia visto á aquel rio sostener millares de hombres armados, artillería de grueso calibre, morteros que habian hecho descargas reiteradas. Seis años antes en un espectáculo dado á la emperatriz Ana, habia sostenido una fortaleza de nieve y hielo atacada y defendida con todas las reglas del arte, y últimamente ganada con espada en mano. Ya las paredes estaban bastante elevadas, pero los trabajos habian comenzado antes de tiempo, y el hielo no habia adquirido bastante consistencia; sobrevino una blandura, y el edificio se desmoronó.

Este contratiempo no desanimó á Danielowisteh: eligió otro lugar mas á propósito para sostener su obra entre la fortaleza del almirantazgo construida por Pedro el Grande, y el nuevo palacio de invierno edificado en el glorioso reinado de la emperatriz Ana. Se escogió el hielo mas transparente, se cortó en trozos regulares y embellecidos con mil adornos de arquitectura. Estos trozos se subieron por medio de gruas y se colocaron con órden unos sobre otros: para asegurar las junturas se derramaba agua, que por la accion penetrante de un frio escesivo se helaba inmediatamente. En pocos dias quedó concluido un edificio de cerca de sesenta pies de largo, veinte de ancho, y veinte y cinco de alto. Todas las paredes eran transparentes y de un color azulado. Maravilloso debia ser el aspecto de aquel palacio de una sola pieza, brillante, y del mas puro cristal.

Delante de aquel monumento, se veian colocados en una misma línea seis cañones trabajados á torno con sus cureñas y ruedas tambien de hielo. Sus proporciones eran exactamente iguales á las de las piezas de artillería de á 3. Lo mas admirable es que estos cañones fueron puestos á prueba diferentes veces, una de ellas á presencia de toda la córte; componíase la carga de un cuarteron de pólvora y una bala de hierro de su calibre, y una de estas balas tuvo suficiente fuerza para alcanzar hasta una distancia de sesenta pasos, y atravesar una tabla de dos pulgadas de grueso. En la misma línea habia asimismo dos morteros absolutamente iguales á los comunes, y que con un cuarteron de pólvora podian espedir bombas de ochenta libras. La prueba se repitió diversas veces y siempre con el mismo éxito: á cada lado de la entrada y siempre en la misma línea, se veian dos delfines de hielo cuyas bocas espelian durante la noche nafta ó betun inflamable.

Detras de las piezas se elevaba una balaustrada toda de hielo, elegantemente esculpida, sostenida por pilares de distancia en distancia y adornada con cuatro estátuas. Tenia este recinto tres entradas, una principal y dos á los costados: la abertura de estas estaba marcada por pilares coronados de anchas urnas de las que salian arbustos cuyas ramas, hojas y flores eran de hielo. En lo alto de la casa cerca del techo, habia otra balaustrada que sostenia bolas hechas á torno. Interrumpíala un frontispicio elevado sobre la entrada principal sostenido por cuatro columnas esculpidas con esmero, y coronado por dos estátuas.

Este palacio de un solo cuerpo, tenia en su fachada seis ventanas con sus bastidores pintados de verde. Penetrábase al interior por una graderia de algunos escalones, y lo primero que se veia era un espacioso vestíbulo que por cada uno de sus extremos conducia á una habitacion. Todas las ventanas eran tambien de hielo. Por la noche se iluminaba este palacio con una multitud de luces, y se colocaba figuras grotescas en las ventanas. Este replandor aumentado por la trasparencia de las paredes la variedad de colores y la estravagante originalidad de las figuras, presentaba á la vista un espectáculo mágico. Hubiérase creido ver en él el palacio de las Hadas.

No era inferior el arte y lujo que se advertia en su interior. En la primera habitacion se veia un tocador sostenido por dos sirenas, con un magnífico tremól, dos candelabros con sus bugías, dos vasos é infinidad de cajas de colores; en el fondo un lecho con sus cortinas, sus cojines y debajo dos pares de chinelas, y un solo sitial; en el centro una elegante chimenea adornada con dos estátuas, y en su lugar varias astillas de hielo. Las bugías y las astillas estaban frotadas con nafta, especie de betun líquido y claro que producia una luz viva y un débil calor; con esta preparacion era con la que de noche se encendian. En la otra habitacion se veia sobre una mesa un reloj con todo su rodaje hecho con tal precision cual si fuera de bronce; algunos naipes y varias fichas esparcidas; á cada lado un sofa abundante en relieves: En cada uno de los ángulos se divisaba una estátua sobre su pedestal, y en el fondo un armario cubierto de multitud de figuritas góticas, con un servicio completo de thé; canastillos con variadas frutas, y platos llenos de esquisitos manjares. Todos estos muebles formados de hielo no solamente tenian las formas segun la moda de entonces, sino el mismo color natural propio de cada uno. Nada habia omitido el arquitecto que pudiese aumentar la hermosura de su obra; ¿y qué tenia que economizar el que disponia de los tesoros de la imperial munificencia?

Asi fue que no le bastó el palacio; hizo construir á cada lado y á alguna distancia una pirámide hueca fija sobre un pedestal. En lo alto se abrió una ventana redonda, y en el cuerpo de la pirámide, se colocó una gran linterna de ocho fases en cada una de las cuales figuraban caricaturas de formas ridículas. Por la noche se iluminaba esta disforme linterna, y una mano invisible la hacia girar sobre su éje, de forma que las figuras aparecian sucesivamente á la ventana. Mas retirado, y á la derecha del palacio se veia un elefante hueco conducido por dos persas, y montado por otro del tamaño natural. Durante el dia arrojaba agua por la trompa á 24 pies de elevacion, y por la noche esta agua se reemplazaba por nafta inflamada. Por intérvalo, se le oian mujidos semejantes á los que arrojan tales animales. A la izquierda y para que hiciese juego se habia construido un pabellon y en su centro un baño.

Esta maravilla única en su género, duró mas de dos meses; á últimos de marzo fue cuando empezó á desplomarse y fue desapareciendo poco á poco.

CONRADO.

LA CABAÑA.

¡Cuán tarde has venido esta noche, mi querido Conrado! Si vieras qué largas se me hacen las horas cuando te espero!.... tú tienes sin duda muy poca idea del amor cuando así me atormentas. = Leticia; aplica tu diestra un momento sobre este corazon que late, sobre esta mano que abrasa, sobre esta frente que hierve, y dime despues, si te atreves, que no conozco el amor. = ¡Ah nó, bien mio: no son necesarias tantas pruebas para asegurarme de que soy querida. Que mas? tú abandonas el regalo de tu palacio, te entregas á las olas y pasas el corto espacio que nos separa de Génova sumergido en un frági barquichuelo, solo por verme y escuchar mis injustas reconvenciones. ¿Sabes que soy una ingrata que no merezco tu cariño? = Eres.... una niña, por mi desgracia demasiado hermosa, y por tu mal harto desgraciada. — Escucha, Leticia; los momentos son caros, y acaso, acaso mañana amanecerá el dia de nuestra eterna separacion. = Qué dices? No, no es posible: tu me has ofrecido no volver mas á Palestina, y eres caballero; si cumples esta palabra ¿quién será bastante á separarnos? = La muerte!!.... = ¡Ah! ya veo que estás enfermo de melancolía, y es preciso distraerte. Cogeré mi laud.... pero qué digo? ¡necia de mí! se me olvidaba que estoy en la choza de un pobre pescador. No importa; tomaré esta caña de pescar y moveré los dedos como si sonase las cuerdas. Voy á cantarte.... ¿qué quieres que te cante? ¿la balada del marinero que empieza

Mi fortuna está en el aire,
Y en el agua mi desgracia.
Porque aquel mueve mi nave
Y este despues se la traga?

No, esta cancion es muy fea: entonaré un romance, que hace tiempo compuso para mí un enamorado trovador. = Un trovador!!..... Qué escucho!..... ¡cuál es su nombre!.... = No te sobresaltes, amigo mio; yo te daré las señas que tiene, y veremos si le conoces. Es un jóven de gallarda presencia que tiene un gusto delicadísimo para la música: viste como tú el hábito de cruzado, y como tú combatió valerosamente en los campos de Tolemaida: su voz es mas dulce que el aliento del céfiro; sus modales tan graciosos como los del amor: la nobleza de su cuna.... = Basta; ya me irritan tan descompasados elogios; ¿quién es ese hombre? yo exijo que me lo digas porque me has jurado tu fe, y ya soy tu esposo á los ojos de Dios. = ¡Paciencia, Señor caballero; si yo sé elogiar á mis adoradores, tambien entiendo de descubrir sus defectos y de reirme maliciosamente al relatarlos. El trovador de quien voy hablando, es un tanto celoso y mas que sobradamente melancólico. Cuando yo le veo triste, suelo para distraerle, coger una caña de pescar en defecto de mi pobre laud, y cantarle alguno de los romances que él me compuso. Vé aquí uno de ellos.

A Dios, ídolo querido:
Bella pescadora, A Dios,
Que Jerusalén peligra
Y allí me llama el honor.
No me asustan las fatigas,
Pues ya del desierto el sol
Otra vez quemó mi frente,
Mi lábio otra vez secó.
Ni me espanta el corvo alfange
Del sarraceno feroz,
Que es arma de un solo filo,
Y mi espada tiene dos.

Acovárdame el dejarte,
Y en apartada region
Ir á buscar un sepulcro
Do no alcanzará tu voz.
¡Leticia! ¡cara Leticia!.....
Este nombre seductor
Liga mis trémulas plantas.....
—Nobles guerreros, perdon:
Perdon de este mi delirio;
Ya soy vasallo de amor,
Ya no parto con vosotros.....
—Mas suena el clarin ¡A Dios!—

—¡Qué niña eres, Leticia! tú te entretienes en recordar esas pequeñezes mientras el huracan silba horriblemente sobre nuestras cabezas, y cuando el rayo abrasador próximo á exhalarse contra nosotros serpentea entre las nubes. ¿Ignoras acaso las últimas ocurrencias de Génova? ¿no ha llegado á tus oidos el horrible triunfo de nuestros enemigos, el degüello y desolacion de las familias *gibelinas*? = Todo, todo lo sé; pero deja ese lenguaje que me hace estremecer, y consagremos estos instantes á la pintura de nuestro amor. Esta palabra es tan dulce.... !!! Y en prueba de ello, echa una mirada sobre este aposento miserable donde todo respira el infestado aliento de la pobreza. ¿Ves ese ajuar humilde que vale aun menos que el mas inútil balcon de tu parque de caza? Pues yo le prefiero al riquísimo alcázar de mis mayores en este dulce momento que te miro á mi lado. ¿Ves ese leño que destila un betun hediondo al consumirse en el fuego. Pues yo no le trocaría por la mas preciosa araña de Venecia, porque ahora ilumina tu escudo y yo veo en él esculpida la divisa de mi amor..... ¡Ay Conrado; júrame de nuevo por esa misma divisa que la muerte sola podrá separarte de mí! = Infeliz; cuando tal pronuncias, ignoras que el podestá de Génova ha firmado el decreto de mi proscripcion. = ¿Y qué, piensas dejarme abandonada de nuevo en esta tribu infernal de pescadores y asesinos? — No es posible: yo te seguiré á todas partes y dividiré contigo los peligros y las penas del destierro. Un año hace que sucumbió mi desventurado padre bajo el cuchillo de los *güelfos*; un año hace que me despojaron de mi palacio, de mis riquezas, de mi dignidad, y que me dió abrigo en su choza un pobre barquero, el único *gibelino* que se encuentra en esta miserable comarca. ¿Quieres que con tu ausencia se abra para mí un nuevo periódo de humillaciones y de tormentos?

El jóven Cruzado se caló la visera, sin duda para ocultar algunas lágrimas, y contestó así. = Nada temas, hermosa mia. Yo juro que partirás conmigo, y que á mi lado vivirás ó moriré entre tus brazos. — Mañana, cuando las sombras de la noche se estiendan por el Cielo, te conduciré á mi palacio donde encontrarás un sacerdote que nos una, y un bagel que nos alege de las infestadas costas de Italia. Huiremos para siempre del choque de los partidos y del rencor de los tiranos. Miraremos de lejos caer una por una las carcomidas piedras del edificio de la Patria, como vé el pasagero desprenderse las hojas de un árbol venenoso á impulsos del huracan: viviremos el uno para el otro, tan unidos como la inocencia y la alegría, como la risa y el placer; recordaremos las pasadas amarguras, como el hermitaño de los Alpes describe al hogar del fuego los hielos de sus montañas y cuando la muerte nos sorprenda en medio de nuestra dichas, una misma losa cubrirá nuestros huesos, y una misma arena les servirá de mullido. = ¡Qué proyecto tan seductor!.... corre, corre; no dilates un instante el ponerlo en ejecucion. — Pero no; estate un momento mas á mi lado. El buen Jorge, mi padre adoptivo, estará todavía recogiendo las redes y no volverá tan pronto; á mas de que si volviese, yo le diría quien eres, y el pobre viejo se llenaría de júbilo al saberlo. = Guárdate bien de que se penetre el secreto de mi nombre. Si la turva hedionda de tus vecinos llegase á descubrir que Conrado Espínola estaba solo en esta playa, el rencor hácia mi linage les haría inventar mil géneros de suplicios para arrancarme la vida. — A Dios; cuando vuelva mañana traeré con migo mi harpa para que te distraigas en el tránsito, y puedas cantar un romance nuevo que ha compuesto tu grande amigo el trovador. = Pues mira, cuando hables á ese interesante poeta, dile en mi nombre que le amo mas que nunca. — ¡A Dios! =

LA PESQUERA.

Lo juro por las agallas del pescado de Tovías. No vuelves con pellejo á tu casa, sino me das parte en el hallazgo. = ¿Y qué te importa á tí, *cabeza de tiburon*, que yo me encuentre una cruz de rosario, que á lo sumo podrá valer 3 dorals miserables de plata? Deja á ca-

da pobre con sus ganancias, y vete á tu pesquera que acaso las anguilas habran saltado la red. = No haré yo tal por la pellica de mi gorra, mientras no me convides siquiera á medio vaso de aguardiente de España, porque mi cuchillo está deseoso de hacer conocimiento con algunos, y..... = Basta de fanfarronadas: yo te daré el aguardiente, y no hay mas que hablar en el asunto. — Eh ¡camarada! *Boca negra*, acerca hácia aquí tu lancha y dinos, qué tal te ha ido con el soldado de la visera calada. = Dios os guarde, compañeros; el viage me ha valido un escudito de oro. = ¡Cola de mastin, y qué generoso es el incógnito! ¿Y no ha quedado de volver otro dia á repetir el donativo? = Sí, pero no se lo digais á nadie. Me mandó que estuviese mañana al oscurecer en el puente nuevo con mi barca, y me preguntó si podría conducir en el mismo bote á una dama. = ¡Ah! esa dama es la Señorita de la choza de Jorge; la misma que suele cantar por lo bajo la cancion del Emperador, á quien Belcebú lleve cuanto antes á los infiernos. = ¿Y qué sabes tú, *calvo* de Satanás, si la dama que quiere llevarse el de la visera, es acaso tu mujer la vieja loba, aquella que se come las sardinas crudas, y se guarda el aceite para untarse las canas? = No; es que yo le he visto entrar en la cabaña de Jorge, y al salir por la puerta oí á la picaruela *gibelina* que le decia, ¡A Dios!.... así como con cariño y con sentimiento de que se marchase. = Pues eso es prueba de que se quieren. = Y si es así hace bien en robarla. = ¿Sabeis que me da á mí en que sospechar ese soldado? = Y á mí tambien. = Y tambien á mí. Yo creo que ha de ser algun renegado *gibelino* cuando tanto se recela de nosotros. = Yo he querido cogerle las vueltas cuando llegamos á la ciudad; pero él hizo tantos recodos por las calles, que no pude saber á donde iba á parar. = ¡Chito! puede que por esta cruz que se le cayó del pecho cuando estaba hablando contigo, descubramos alguna cosa. — *Boca-negra*, acerca aquí ese farol y la veremos despacio. — ¡Ola! pues tiene letras, pero yo no las entiendo. = Ni yo tampoco. = Sois unos asnos vestidos de barqueros. Yo os las descifraré si atizais esa torcida. — Así, así; — cuidado no se apague; ¡qué mal alumbra el aceite de la ballena! — Atencion. — ¡Cola de mastin! no es una medalla de rosário, sino un redondel que tiene pintado el sol, y al rededor un letrero que dice.... dice.... *Valor premio al*.... esto está en francés. = Pues á ver si hay algo en el otro lado? = Sí, hay un nombre.... alumbra bien, — no hay duda; *Conrado* dice. = ¿Y qué mas? = Aguardad.... Con-ra-do. Espino-la. = ¡Conrado Espínola! ¡Cuernos de Belcebú! ¡y ese pícaro revolucionario se ha paseado entre nosotros!!.... = ¡Un *Espínola* en el barrio de los pescadores! = ¡El gefe de los gibelinos!.... si cayese entre mis uñas.... = Por eso se ocultaba con tanto cuidado. = No puede ser nunca bueno porque todos los de su raza han sido siempre partidarios del emperador. = ¡Bribones! y enemigos de nuestro Santo Padre. = Arrojemos ese galápago al mar si vuelve á asomarse por esta Costa. = No, *cabeza de tiburon*; al fin es cristiano: mejor es meterle vivo en un hoyo y despues cubrirle de tierra. = ¡Disparate! se le corta en trozos como si fuese una anguila y se le lleva al mercado. = Salvage! ¿no ves que pudieras mancharte las manos de sangre, y creerse despues que habias asesinado á alguno.? = Pues colgarle por el pescuezo de la choza de su querida. = Sí, y ahorcarla despues á ella para que le haga compañía = Callad, pulpones sin sal; yo os diré lo que podemos hacer como buenos *güelfos* que somos y fieles servidores de su Santidad. ¿Jurais hacer en este negocio lo que yo os diga? = Lo juro por esta gorra de pelo que robé en el motin del otro dia. = Y yo tambien lo juro por los barriles de ron que me conquistó mi cuchillo en esa misma batalla. = Pues atended. — Tú, *boca negra*, mañana á la hora señalada estarás en el puente nuevo para traerte al pobre diablo, llevándote aquella lancha vieja que está cerca del astillero. Cuando estes ya cerca de aquí, haces sutilmente un barreno en una de las costillas del bote y te retiras á descansar, apenas le desembarques, dejando lo demas á nuestro cuidado. Despues..... ¡Cola de mastin, como me se seca la boca por falta de aguardiente! — Degemos la pesca por esta noche: muchachos, venid conmigo á echar un trago, y en la cabaña os acabaré de esplicar mi proyecto. Cuando la calva se me calienta con el vapor de los licores, discurro mas que el famoso Saladino, Rey de los Godos. = Salvage, si Saladino es el general de los turcos. = Tanto me dá: lo que yo protesto es que cuando estoy turco, ó cuando cojo una turca, desafio á toda la turquía entera á segar cuellos, á dividir cabezas y renegar de los santos; por cuya razon, mencad esos remos, muchachos, y avancemos hácia el aguardiente cantando los tres á coro.

Cien musulmanes cayeron
Al rigor de mi cuchillo,
Porque ellos estaban solos
Y á mí me ayudaba el vino etc.

LA BARCA.

¡Astro de la noche! tú que arrojas sobre las ondas de este rio la pálida luz en que bañas los silenciosos sepulcros; tú que acompañas al pasajero en su viage y en su calabozo al asesino; tú que presides á las delicias del amante y á las agonias del moribundo; sigue un momento los pasos de este mortal desgraciado. Guíame á la pobre cabaña donde habita mi hermosa, y haz que pueda leer en su semblante la calma de la inocencia y la sonrisa del amor! =

Así esclamaba hablando consigo mismo el enamorado proscripto, mientras su fragil barquilla cortaba con lentitud las encrespadas holas. El miserable remero su conductor le miraba al soslayo como queriendo devorarle con sus ojos de azor; pero ocultaba su veneno como el aspid ponzoñoso, dejando á la brisa del mar que con sordo murmullo tomase la voz para interrumpir el silencio de la naturaleza.

No bien llegados á cierto parage de la costa ponian el pie sobre la arena, cuando percibieron dos hombres de mala traza que se acercaban sigilosamente en una ligera lancha. Elevó el cruzado de la mano á la guarnicion de la espada, sospechando que fuesen vandidos, cuando uno de ellos esclamó dando una terrible carcajada. = ¡Cola de mastin!... no temais nada, señor Gibelino; nosotros somos unos pobres diablos, y muy servidores vuestros. Hemos cogido esta tarde un pez muy estraño en este mismo sitio, y deseamos que hagais con él un obsequio á vuestro amigo el emperador. = Diciendo esto tiraron los dos á un mismo tiempo de la estremidad de un cordel amarrado á la barca, arrojaron con violencia á los pies del guerrero un bulto informe envuelto en un pedazo de lona, y se alejaron de su vista con increible velocidad. Sorprendido Conrado, dudó un momento si acercarse á reconocer aquel estraño fenómeno ó dirigirse desde luego á la cabaña de Jorge; pero instigado de una estraña curiosidad, se aproximó algunos pasos hácia el obgeto, le movió á un lado y otro con la punta de la espada, y advirtió con pavor que el supuesto pez era un cádaver..... y un cádaver de mujer. A la vista de tan horrible espectáculo un frio mortal se difundió por sus venas; dejó de latirle súbitamente el corazon, y un funesto presentimiento le embargó el uso de la razon y del habla. Acercóse, todo trémulo, á aquellos restos inanimados, echó sobre ellos una ojeada vaga y llena de terror, y con la angustiosa agitacion de una madre que destapa la cuna donde ha muerto su hijo; descubrió el lienzo que envolvia el desfigurado y lívido seno de la virgen. Un grito de horror se exhaló de lo íntimo de sus entrañas ¡es ella!... ¡es ella!!.... y no pudo decir mas porque cayó sin sentido sobre la arena. En tal estado permaneció largos instantes, hasta que volviéndole á la vida el mismo esfuerzo del dolor que le habia privado de ella, corrió como loco por la ribera dando espantosas vo-

ces, hiriéndose el pecho con el pomo de la espada para acallar los gemidos del corazon, é invocando á gritos la muerte como el único remedio á su frenético tormento. Poco despues juzgando fuese sueño cuanto por él pasaba, sacó del barco su laud y le puso al lado del cádaver, diciendo: "despierta Leticia, despierta, dueño mio; he traido la cítara que te ofrecí, y puedes cantar sin temor de que nos sorprendan" pero la bella pescadora habia enmudecido para siempre, sus cárdenos labios no articulaban ya sonidos, y el rio solo contestaba con murmullos á las tiernas palabras del infeliz caballero.

Llegado para este el terrible convencimiento de que habia muerto su amor y sus esperanzas, no volvió á derramar una lágrima, ni á exhalar el mas leve suspiro. Llevó la mano á la frente como si meditase algun proyecto importante, y cogiendo en sus brazos el cádaver con espresion extraordinaria de delirio y amor, depositó la hermosa carga en la misma lancha que le habia conducido á aquel sitio; pero advirtiendo que el barquero habia desaparecido de la costa el mismo agarró los remos fuera de sí, y comenzó á vogar con un ahinco delirante. Dos tiros escasos de ballesta se habria separado de la ribera, cuando notó que el agua bañaba ya la punta de sus doradas espuelas, y que la rota barca se hundia. Entonces conoció de lleno todo lo horrible de su situacion, y abandonando la boga, desató la visera de su casco, miró por última vez á la luna que comenzaba á ocultar su pálida faz entre las nubes, y dijo con una risa tranquila "gracias, astro hermoso de la noche: ya me alumbraste lo bastante para ver á la que yo creia mi partidora de tálamo, y es mi compañera de sepulcro.» —Estrechó, dicho esto, la yerta mano de la doncella; selló un ósculo amoroso en sus azuladas megillas, y un instante despues el barrenado bagel, no pudiendo flotar sobre la superficie de las aguas, osciló un breve espacio y se precipitó al fondo del mar arrastrando consigo las dos víctimas del infortunio. El ligero laud sobrenadó un momento en las ondas como sirviendo de lápida sepulcral á los desgraciados amantes, y aunque el viento le arrojó bien lejos de aquel parage, pagó el último tributo á la memoria de su dueño, despidiendo de sus agitadas cuerdas un sonido lúgubre y penetrante que el pescador de la ribera interpretó enternecido por un canto de muerte.

Clemente Diaz.

Hembra.

Neutra.

Macho.

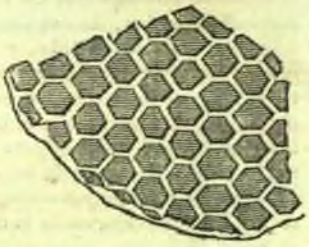
LAS ABEJAS.

Entre las infinitas maravillas que ofrece el espectáculo de la naturaleza, pocas sorprenden tan agradablemente el ánimo, como la que présenta un enjambre de abejas. El espíritu de asociacion, de este don precioso al que debe el hombre tan señalada superioridad, reina con no menos poderío entre aquellos diminutos insectos creados expresamente, y para confusion de la humana inteligencia. Los demas animales suelen á veces reunirse por instinto, pero luego vuelven á separarse, y nunca forman un cuerpo homogéneo, ni se sujetan á condiciones generales. Entre las abejas por el contrario, la sociedad tiene sus leyes morales discutidas y comentadas por decirlo así; tiene conciencia propia, conoce sus necesidades y sus peligros, los medios de satisfacer aquellas y de combatir á estos: sigue en realidad una idea viva, animada, que aprecia las circunstancias, y decreta resoluciones extraordinarias para las vicisitudes imprevistas. No es una máquina que marcha en regla mientras dura su estado normal, y luego cambia cuando el resorte se desarregla, y se para en el momento en que este deja de regir, sin que por su parte ponga medio alguno para volver á entrar en movimiento; es por el contrario, un ser que tiene en sí mismo su principio de vitalidad, que posee sus medios, sus secretos, que sabe lo que puede y lo que debe hacer para conservarse. Esta perfecta aptitud de las abejas es uno de los mas singulares fenómenos de la creacion; y si la hemos descripto antes que ninguna otra de sus facultades, es porque esta las comprende todas; porque en ella se encierra el secreto de la potencia maravillosa que despliegan. Volúmenes enteros no bastarian para describir la vida individual de una abeja, para referir la historia de su pueblo: asi que, habremos de contentarnos con dar en compendio los anales de una ciudad de abejas desde el dia de su fundacion, hasta el momento de su mayor esplendor.

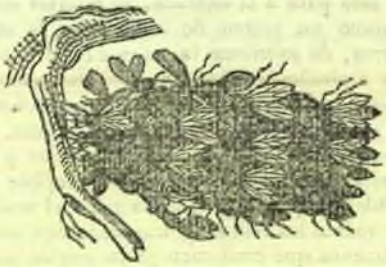
El gobierno de uno solo, es el régimen bajo el cual viven las abejas, y cada asociacion se compone del gefe del estado (la reina), de algunos centenares de machos y de muchos millares de individuos neutros, que ni son machos ni hembras, pero que se asemejan mucho mas á estas últimas. Cuando la poblacion de una ciudad se aumenta demasiado, se destacan colonias que van á fundar lejos de la ciudad madre un nuevo establecimiento. Durante los calores del Estío, y mientras el sol desplega su mayor fuerza, la jóven reina del estado futuro abre sus alas y se arroja en el espacio: todos los súbditos decididos á adherirse á su fortuna, vuelan á su lado y siguen de cerca todos sus movimientos, y el torbellino alado atraviesa zumbando los aires. Llegados al sitio extremo de su viaje, la carabana se detiene sobre la rama de un árbol, y se forma en masa compacta al rededor de la reina, formando con sus cuerpos una barrera que la preserve de los peligros de un campo descubierto. Convenida asi la estacion, se espiden esploradores que esparcidos por todos lados, van á buscar un sitio á propósito para fundar su ciudad. Cuando encuentran un hueco de árbol ó de roca, despues de haberle examinado y juzgádole propicio, empiezan los trabajos con una actividad extraordinaria. Numerosas cuadrillas de trabajadoras van á buscar el jugo viscoso que espiden los retoños de algunos árboles; le hacen sufrir una especie de preparacion, y cubren con él toda la superficie interior del hueco destinado á servirlas de colmena, multiplicando las capas en los puntos en que las paredes son débiles y hendidas, en las partes cóncabas, y en los ángulos salientes. Cuando esta fortificacion contra las empresas del enemigo y las injurias del tiempo se halla concluida, la colonia viene á tomar posesion de ella, y da inmediatamente las disposiciones para imprimir un vigoroso impulso á los trabajos que van á seguirse. Distribúyese la tarea; unas van á buscar el jugo de las flores, otras le reciban á la entrada de la colmena, y le transmiten á una tercera clase de operarios que le elaboran de suerte, que esté en estado de ser trabajado estas le entregan á otros cuya mision es

construir las celdillas en que han de nacer y desarrollarse los hijos de la tribu, y los almacenes en que se han de conservar las provisiones de reserva. No hay un perezoso que trate de eximirse de la parte que le corresponda en la obra, ni un descontento que reclame contra ella: todos trabajan con ardor, con inteligencia: una sola idea anima aquella multitud de cabecitas; sus innumerables esfuerzos tienden con una prodigiosa armonía á un solo obgeto; asi es que todo marcha con rapidez, y la ciudad no tarda en concluirse. Millares de celdillas, cuyo órden, regularidad y simetría asombran y arrebatan la vista, se abren por todas partes. Las que deben servir de habitaciones tienen tres tamaños; las mas anchas construidas con un cuidado extremo y en muy corto número, serán las cunas de las reinas; algunos centenares de celdillas un poco mas pequeñas que las primeras, son las destinadas para los machos; y las mas pequeñas multiplicadas hasta lo infinito, recibirán á las nacientes operarias.

e de una celdilla.



Trozo de panal.



Porcion de un cajambre.

La conclusion de todas estas construcciones advierte á la reina, á cuyo cargo está el cuidado de sostener y aumentar la poblacion, que ha llegado la hora de dar principio á sus funciones. Hasta entonces toda su utilidad se ha limitado á ser el alma de aquella sociedad, el lazo misterioso que la ha impedido disolverse y caer en la anarquía; ahora va á empezar funciones mas activas si no mas importantes. Lo primero que hace es una inspeccion general de los trabajos, paseando su vista de maestra sobre todas las celdas; en seguida procede á la operacion de la postura y distribuye sus huevos con una prodigiosa sagacidad no confundiendo jamas los de distinta naturaleza ni las celdas que les estan señaladas á los machos y á las hembras. Terminada la postura por la madre comun otros deberes ván á ocupar toda la tribu. Una nueva distribucion de trabajos se verifica entre las operarias; mientras las unas van á buscar por fuera los materiales y provisiones, otras permanecen en el interior de la colmena para ocuparse de las funciones de nodrizas. La nueva tarea es para las primeras la misma que antes con corta diferencia; solo que como las construcciones en la mayor parte concluidas, deben recojer muchas menos substancias propias para elaborar materiales, y buscar con particularidad los jugos nutritivos, porque es llegado el tiempo de llenar los almacenes de reserva; y ademas es preciso pensar en la nutricion de los hijuelos cuyo nacimiento se espera. En cuanto á las nodrizas sus funciones son enteramente nuevas: tales son, visitar las celdillas á fin de reconocer si la reina ha cometido alguna equivocacion; preparar el sustento comun de las larvas prontas á nacer, y componer los alimentos esquisitos y dotados de una fuerza sustancial extraordinaria que estan esclusivamente reservados á las larvas reales. Esta parte de la tarea de las nodrizas es de la mayor importancia: el huevo distinado á producir una reina, y el que produce un neutro y una operária, todos encierran el mismo germen, el germen de una hembra; la diferencia en el orden alimenticio, es lo único que produce la que se observa en la conformacion, en las facultades, y por consiguiente en el porvenir de las larvas cuando ya sean abejas. Un alimento poco enérgico reduce las proporciones de las unas, y las hace neutras privándolas del vigor necesario para poner; los alimentos de una escesiva fortaleza, desarrollan extraordinariamente á las otras, y las forman reinas dotándolas al mismo tiempo de una fecundidad prodigiosa. De aqui se infieren los desórdenes que vendrian á turbar el reposo de la ciudad, si por descuido de las nodrizas la preciosa sustancia se sirviese indistintamente á todas las larvas; espantosas convulsiones sociales resultarian de este error, porque algunas partículas del regio alimento que casualmente caigan en las celdas contíguas á las de las larvas reales, producen graves conmociones haciendo salir reinas de la cuna de las neutras. Cuando se acerca el instante en que los huevecillos van á abrirse, las nodrizas visitan cuidadosamente todas las celdas, y apenas sale una larva de su cascaron, la llevan la sustancia nutritiva, y dejan una porcion a su lado cerrando en seguida la entrada de la celda con una delgada capa de cera á fin de que nada pueda turbar á la larva durante las revoluciones que tiene que pasar hasta llegar al estado de abeja. Esta precaucion no dispensa á las nodrizas de vigilar las celdas; deben, al contrario, espiar el momento en que la cria se esfuerce para salir de su cuna: entonces la ayudan á romper la membrana que cierra la celda, la reciben á la salida, la lamen para quitarla la humedad de que está impregnada, la peinan y la limpian con sus patitas, la dan el alimento destinado á las abejas, y la conducen á la puerta de la colmena, donde se mezcla con los demas trabajadores, y no tarda por su parte en cooperar á las ocupaciones de la comunidad. Ademas de estos multiplicados deberes es obligacion de las nodrizas separar el resto de las provisiones despues de haber atendido al sustento de las larvas y al gasto cuotidiano, transformarlo en miel; y deponerlo en reserva en las celdas preparadas al intento, las que cubren con un poco de cera para no abrirlas sino en los dias de escasez.

Aun no hemos tenido ocasion de nombrar los zánganos en este cuadro de actividad general; su puesto no está efectivamente señalado en ninguna parte. Reservados únicamente para impedir la ruina de la especie fecundando á la reina, son enteramente inútiles cuando uno de ellos ha satisfecho este destino único de dos ó trescientos individuos que encierra la ciudad. Exentos de toda combinacion, de todo trabajo, indiferentes á los negocios públicos, viven en una completa ociosidad. Van por los aires á reñir entre sí y á destrozar las flores, y á la llegada de la noche, vuelven á la colmena sin llevar consigo el menor peso; sin embargo, no se descuidan en disfrutar de la miel debida á la actividad de las neutras. Estas, mientras dura la estacion de las flores, del sol y de la abundancia consienten en partirla con sus ociosos consumidores; toleran, ó mas bien, olvidan su presencia; pero cuando llega el invierno, cuando la recoleccion del dia no basta para el consumo, cuando es preciso estrenar las provisiones de reserva, entonces las obreras hallan onerosa para la ciudad la existencia de los zánganos. Una fermentacion sorda agita la comunidad, actos aislados de hostilidad anuncian á los machos que las disposiciones ge-

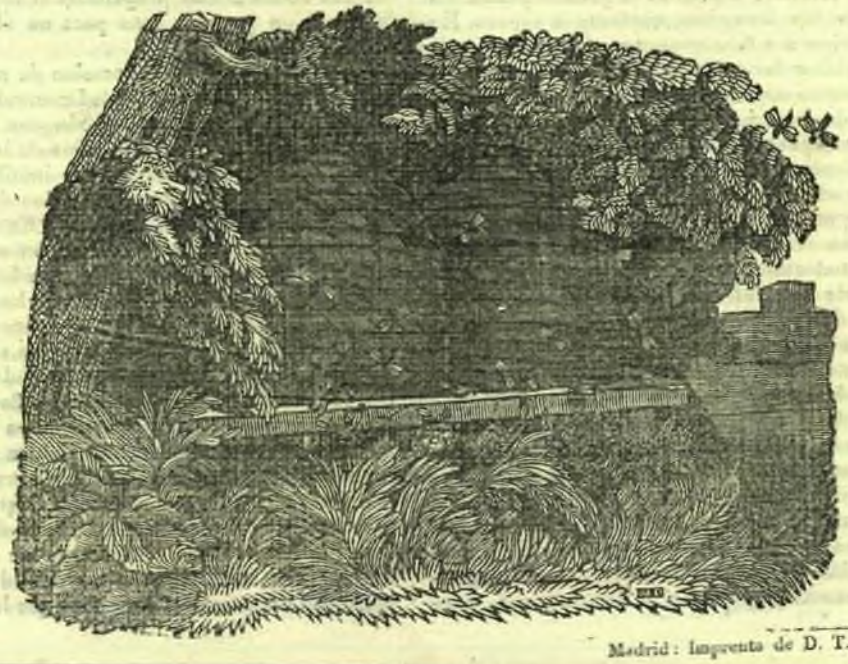
nerales se han trocado contra ellos. Esta malevolencia no tarda en revelarse por un acto de rigurosa equidad y singular energía. La espulsion ó la muerte de los ociosos queda resuelta en el consejo de las trabajadoras, é inmediatamente se procede á la ejecucion de la sentencia con implacable rigor. En el dia señalado los conjurados se dividen en dos bandadas, una de las cuales vá á tomar posesion á la entrada de la colmena; todos los machos que se presentan de regreso del paseo, son recibidos á aguijonadas, y si insisten en entrar reciben la muerte. Mientras esto pasa á la entrada, el interior de la colmena es asimismo un teatro de asesinatos; la otra bandada de neutras, dá asimismo la carga á los proscriptos y los traspasa á pinchadas. Los desgraciados machos desprovistos de aguijones, y no teniendo ninguna defensa que oponer á sus enemigos, sucumben hasta el último, y los que logran fugarse, no tardan en perecer de frio y de miseria. La prevision que preside en aquella terrible ejecucion, toma medidas de precaucion hasta para el mas remoto porvenir: visitan las celdas, y traspasan con sus aguijones todos los huevos que contienen gérmenes de macho. Concluida la obra de la destruccion, arrojan los muertos, los cascarones de los huevos fuera de la colmena, hacen desaparecer todos los rastros del asesinato, y la ciudad vuelve á sus calma y regularidad ordinaria.

No es esta la única crisis que agita periódicamente á una sociedad de abejas; hay otra ocasion solemne para ella; tal es el momento en que una parte de su poblacion, vá á abandonar la metrópoli para ir á fundar una colónia. Por algun tiempo los hijuelos solo sirven para aumentar el número de los ciudadanos; pero cuando la ciudad cuenta diez, veinte, treinta mil habitantes, entonces los recien nacidos, hacen un número escesivo, y deben salir á buscar fortuna. Decretada la emigracion como los emigrados necesitan un gefe, dejan formar una larva real que servirá de madre á todos los individuos de su misma banda. Apenas la reina sale de su cuna, todos los destinados á acompañarla se reunen ó se preparan á partir: toda la poblacion se conmueve, se agita, y no cesa el tumulto hasta que hecha la última despedida, los aventureros salvan las puertas de la ciudad.

Tales son las ocupaciones ordinarias y las revoluciones anuales de una colmena, pero á veces acontecen sucesos imprevistos. Si un enemigo penetra en la fortaleza, todos los esfuerzos se reunen contra el invasor que espira traspasado; sacan su cadáver, y si no pueden conseguirlo, le cubren con espesas capas de una materia viscosa, para prevenir la putrefaccion y preservarse de los miasmas corrompidos. Si la reina muere antes que haya nacido su heredera, la consternacion se esparce por todas partes, el desorden y la lentitud se introducen en los negocios públicos, hasta el dia en que el total desarrollo de la larva real restituye el gozo, la calma, la actividad. La guerra civil suele asimismo interrumpir á veces el curso de la prosperidad general. Por lo comun la primogénita de las reinas empieza su vida por fratricidios, y traspasa con su aguijon todas las larvas reales, y si encuentra que alguna larva ha nacido al mismo tiempo, la desafia á muerte. Sucede tambien que en vez de deducir su querella en combate singular, las dos pretendientes se ponen cada una á la cabeza de su partido, y llaman á la poblacion á defender sus derechos. Entonces se sostienen terribles batallas, ya en los aires, ya en el interior de colmena; los obradores se abandonan, el trabajo se suspende, y la política se hace el único obgeto de interés general. Pero una vez decidida la suerte de los combatientes, cuando la reina vencida ha desaparecido, la paz se restablece sólidamente, los partidarios de la difunta se unen con lealtad á su rival victoriosa, y no protestan contra su derrota ni por sordos descontentos, ni por oscuras conjuraciones.

Tal es la alta civilizacion á que llegan las abejas por medio de la asociacion, porque aisladas ó reunidas en pequeñas bandadas no manifiestan sino un instinto mucho mas limitado, una industria mas grosera; y si esta civilizacion debe ser el obgeto de una admiracion profunda, la infinita prevision y la esquisita delicadeza con que sus órganos estan dispuestos, no son menos prodigiosos ni confunden menos el entendimiento. El aparato de que estan provistas para estraer el jugo, y recoger las partículas de las flores para elaborarlas y convertirlas en miel y cera; el espeso vello que cubre su cuerpo destinado á detener y conservar los átomos que se desprenden de los cálices, frotándose en ellos en todas direcciones; las sútiles patitas que pasando como los peines por entre aquel vello, desprenden el precioso polvo y le reunen en pequeñas porciones; los leves surcos practicados de trecho en trecho á fin de recibir las cargas de jugos y perfumes, todos estos instrumentos que la abeja posee se niegan á toda descripcion á causa de su misma delicadeza.

La abeja en fin es la primera en la inteligencia despues del hombre en el orden de la naturaleza, sus obras llevan el sello del instinto, de la actividad y de la industria, y el mecanismo de su vida interior es una leccion perpetua de lo que puede el orden en una sociedad amiga del trabajo, y observadora de sus leyes.



Madrid: Imprenta de D. T. Jordan, Editor.